



Este 2015 se cumple el 500 aniversario de la muerte de Gonzalo Fernández de Córdoba, un genio militar al servicio de los Reyes Católicos



EL GRAN CAPITÁN y el arte de la guerra



En el período de transición entre el ocaso del Medievo y la instauración de la monarquía de los Habsburgo en España, una figura destaca entre todas en el ámbito de la Milicia: Gonzalo Fernández de Córdoba. Iniciada su carrera de armas en los campos de batalla de Castilla, su prestigio alcanzaría cotas elevadas en la guerra de Granada, donde supo despuntar como excelente estratega y diplomático.

Pero fue en el transcurso de las campañas de Nápoles, a caballo de los siglos XV y XVI, cuando su genio militar se revelaría con asombrosa naturalidad, otorgando al noble cordobés el apelativo por el que será siempre recordado: el *Gran Capitán*.

Gonzalo Fernández de Córdoba fue el encargado de poner a prueba en Italia el nuevo modelo de ejército gestado por la monarquía española en la guerra de Granada finiquitada en 1492.

La larga lucha contra los musulmanes andalusíes, con sus altibajos bélicos, había alumbrado valiosas enseñanzas militares a nivel táctico y estratégico, una experiencia que impulsó a Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, a la profunda

reforma de sus heterogéneas fuerzas para convertirlas en un ejército permanente, profesional y moderno, una herramienta de la monarquía capaz de oponerse a las nuevas amenazas que la política exterior hispana vislumbraba en el horizonte.

El peso de la Infantería

Así, en 1495, Fernández de Córdoba se puso al frente de un ejército expedicionario para desalojar a los franceses de Nápoles siguiendo el dictado de Fernando *el Católico*. La novedad más significativa de esta fuerza consistía en la gran proporción de infantes que la integraban, próxima al 90 por 100 del contingente.

Frente a un ejército francés que hacía recaer el peso del combate sobre su caballería pesada —la gendarmería— auxiliada por peones, los españoles hacían de su infantería el núcleo principal del ejército, apoyada a su vez por una caballería ligera cuya clave de éxito radicaba en la velocidad más que en la potencia de choque.

Fruto de la experiencia granadina, el *Gran Capitán* llevó a cabo una importante reorganización de sus tropas para adap-

tarse a las nuevas amenazas. Dividió su infantería en capitanías con una fuerza —determinada por la recluta— en torno a los 200-300 hombres, agrupando varias de éstas en coronelías, embrión de los futuros tercios cuyo renombre aún resuena en los libros de Historia.

Dentro de las capitanías, la infantería se repartía en al menos tres especialidades: el lancero o piquero —con el arma estrella del momento, la pica, y cuyos maestros más reputados eran los suizos y lansquenets—, el rodelerero —con la espada como arma ofensiva— y el arcabucero, que convivió con el ballestero y el espingardero antes de relegarlos de forma paulatina dada su mayor eficacia a la hora de lanzar proyectiles a distancia.

El empleo novedoso de las armas de fuego portátiles, más adaptables y fáciles de manejar que el arco o la ballesta, dieron a la monarquía española una superioridad táctica en el campo de batalla que distó mucho de la efectividad de la primera artillería, muy pesada y poco precisa, de uso sólo rentable en los asedios de plazas fuertes. Los arcabuceros,

ESTRATEGIA Y CIENCIA



CERIÑOLA

Partiendo del repliegue sobre Barleta, Fernández de Córdoba venció a un ejército francés superior en hombres con la preparación de posiciones defensivas y la acertada utilización de armas de fuego portátiles.

La batalla se libró en campo abierto el 28 de abril del año 1503.



GARELLANO

Desarrollada en las jornadas del 28 y 29 de diciembre del mismo 1503, en la batalla de Garellano, el *Gran Capitán* superó la sustancial superioridad numérica del ejército galo —25.000 franceses frente a 15.000 españoles—, con una acción por sorpresa tras cruzar por la noche las frías aguas del río italiano en dos puntos. Después, el grueso de las fuerzas hispanas, juntas otra vez, tomaría Gaeta, éxito decisivo para la campaña.



INFANTERÍA

Coronelías
(Embrón de los Tercios)

Capitanías



Piqueros
(o Lanceros)



Rodeleros
(o Espaderos)



Arcabuceros
(Arma de tiro)

Modelo de ejército



La revolución tecnológica de la artillería tuvo un espacio destacado en estas fuerzas



CABALLERÍA LIGERA

Llamada también *Caballería a la jineta* (Movilidad y combate de contacto)

Especialidades

Entre los piqueros, destacaban suizos y lansquenetes. Al principio, el arcabuz convivía con ballestas, espingardas y hasta arcos.



Espada de Gonzalo Fernández de Córdoba

Para el combate

Bolaño
Munición
hecha en piedra



Espaldar
Protección, parte
de una armadura



Falconete
Pequeño cañón
de retrocarga



Pasavolante
Pieza de artillería
de poco calibre



**Medio
ribadoquín**
Cañón ligero, fácil
de transportar



Mortero
Lanza proyectiles
por elevación



**Montante o
mandoble**
Espadón que se
usa a dos manos



Recamara
En el cañón, donde
va la pólvora



Bisarma
Tipo de
arma de asta



Rodela
Escudo redondo
y delgado



Arcabuz
Antigua arma de
fuego portátil



**Anilla de
lanza**
Protección
metálica



convertidos en espina dorsal y elemento ofensivo de unos escuadrones erizados de picas, proporcionaban la masa de fuego susceptible de desarticular las formaciones enemigas a distancia prudencial, sin que la caballería adversaria se atreviera a chocar frontalmente con los escuadrones compactos de infantería.

Era la primera vez que un ejército usaba sistemáticamente y con un resultado sorprendente las armas de fuego portátiles en el campo de batalla. Además, la misión principal de la caballería ya no consistía en el choque frontal con la contraria, mejor armada y equipada, más bien se trataba de sacar partido a su mayor movilidad para recabar información, proteger puntos estratégicos, entablar combates de contacto y llevar el peso de la acción en las fases de hostigamiento y persecución.

Por otra parte, el *Gran Capitán* era el heredero aventajado de la mejor tradición militar hispana, mucho más pragmática y realista que la francesa. La guerra de Granada había impuesto a los españoles un tipo de lucha muy distinto al glamuroso cabalgar de la nobleza gala, unas tácticas de combate irregular —*guerra de moros*— basadas en la escaramuza, los golpes de mano y las emboscadas.

La guerra de desgaste y las operaciones de expugnación de plazas fuertes respondían a una calculada estrategia de no arriesgar innecesariamente las fuerzas frente a un adversario superior en número que quería forzarle a un combate desventajoso a campo abierto.

Prudencia y previsión

Los movimientos de tropas se realizaban con extrema prudencia para evitar cualquier sorpresa enemiga, sin dudar en rehuir el combate y usar la retirada como recurso estratégico, a pesar de las connotaciones negativas que dicha actitud despertaba en una sociedad impregnada de valores caballerescos.

Las marchas nocturnas, la actividad continua incluso en momentos de tradicional parálisis de las operaciones —por ejemplo, en las fases previas a la batalla de Garellano— o la preparación de posiciones defensivas ante el ataque del adversario en campo abierto —caso de Ceriñola— son sólo un ejemplo de los expedientes utilizados para afrontar siempre al adversario de la manera más ventajosa gracias a la astucia, la ciencia y el arte.

Consciente de la creciente complejidad técnica de la guerra moderna, el *Gran Capitán* dio gran importancia al trabajo en equipo y supo rodearse de expertos capaces de ofrecer soluciones a los nuevos desafíos que el ejército debía afrontar.

En los asedios brilló con luz propia el ingeniero Pedro Navarro, considerado como el introductor de la mina moderna, expugnador de las principales fortificaciones de Nápoles, y entre sus mejores oficiales estaba el mítico *Sansón de Extremadura*, Diego García de Paredes, así como los hermanos Próspero y Frabizio Colonna, Diego Hurtado de Mendoza, Hugo de Moncada o Gonzalo Pizarro, padre del conquistador de Perú.

Admiración por el jefe

Líder de sus hombres, el *Gran Capitán* consideró de la mayor importancia que el soldado no permaneciera ocioso en sus alojamientos sino ejercitándose continuamente con las armas y practicando la formación del escuadrón. Al tratarse de un cuerpo de tropas profesionales, la disciplina constituía uno de los factores claves de la eficacia en combate y se hacía cumplir con puntualidad. Ello no fue óbice para que la relación entre mandos y soldados evolucionara hacia un trato más cercano y de respeto mutuo, propio de unos profesionales responsables de sus cometidos para el bien del conjunto.

La dignidad personal del soldado y la admiración hacia el jefe favoreció un clima apto para fomentar el espíritu de cuerpo, reforzado éste por el sentimiento de pertenecer a la nación española y a la religión católica, que hizo del ejército del *Gran Capitán* una reputada máquina de formidables prestaciones en combate.

Gonzalo Fernández de Córdoba, hombre racional e innovador en un período de profundos cambios en el arte de la guerra, fue un general prudente y flexible en sus maniobras y disposiciones de combate, decisivo en sus acciones y generoso con amigos y enemigos.

La guerra ya no volvería a ser la misma y para la monarquía española llegaba el momento de mayor gloria de sus armas. Fuente de inspiración para muchos de los soldados del Ejército español que han seguido sus pasos, el *Gran Capitán*, figura en lugar destacado en el panteón de los grandes generales de la Historia.

Germán Segura García